

COSAS QUE DEBEN EVITAR
Y MÁS CONSEJOS PARA ESCRITORES



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

ANTON CHÉJOV

COSAS QUE DEBEN EVITAR Y MÁS
CONSEJOS PARA ESCRITORES



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Antón Chéjov

Nació el 29 de enero de 1860 en Tangarog, Rusia. Es uno de los grandes clásicos de la literatura universal. Perteneció a la corriente más psicológica del realismo: el naturalismo.

En 1884, trabajó como ayudante en un hospital. De esa época datan sus primeros dramas como *Ivánov*. En 1887, ganó el Premio Pushkin gracias a la colección de relatos cortos *Al anochecer*; su nueva colección, *La estepa* (1888), fue igualmente bien acogida. Algunas de sus obras más conocidas son «La dama del perrito» (1899), «El pabellón número seis» (1892) y «La cigarra» (1892). En los últimos años de vida, escribió sus obras de teatro más destacadas como *Tío Vania* (1899-1900), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904).

Falleció el 15 de julio de 1904 en Alemania.

Cosas que deben evitar y más consejos para escritores

Anton Chéjov

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

***COSAS QUE DEBEN EVITAR Y MÁS
CONSEJOS PARA ESCRITORES***

PERSONAJES

Autoridades locales

No describa nunca funcionarios del zemstvo¹. Nada es más fácil que describir autoridades antipáticas; al lector le gusta, pero solo al más insoportable, al más mediocre de los lectores.

(A Maksim Gorki, Yalta, 5 de enero de 1899).

Personajes femeninos

Su «Fugitivo de Sajalín», en mi opinión, es la obra más relevante de los últimos tiempos. [...]

En ese libro se revela usted como un artista tan vigoroso y tan potente que, hasta sus más graves defectos, que arruinarían a cualquier otro artista, pasan

¹ Órganos de autogobierno local en la Rusia zarista, a los que solo podían acceder los miembros de la nobleza y de la burguesía.

desapercibidos. Por ejemplo, en su obra falta un personaje femenino, y solo ahora me he dado cuenta.

(A Vladímir Korolenko, Moscú, 9 de enero de 1888).

Médicos y enfermos

Me parece que no es asunto del artista estigmatizar a la gente por el hecho de estar enferma. ¿Acaso es culpa mía si tengo jaquecas? ¿Acaso es culpa de Sidor si tiene sífilis, si tiene mayor propensión a esa enfermedad que Tarás? ¿Acaso es culpa de Akulka si sus huesos sufren los efectos de la tuberculosis? Nadie es culpable y, aunque lo fuese, es algo que compete a la policía sanitaria, no a los artistas.

En su relato los médicos actúan de una manera abominable. Les obliga usted a no respetar el secreto profesional y, como si eso no fuera suficiente, ¡mandan a la ciudad un enfermo grave, un paralítico! [...] Además, las señoras de su relato se comportan con la S como con un espantajo. Se equivocan. La S no es un vicio, no es un producto de la mala voluntad, sino una enfermedad, y

los enfermos de S también tienen necesidad de cuidados cordiales y afectuosos. No está bien que la mujer huya del marido enfermo, poniendo como excusa que la enfermedad es contagiosa y vergonzosa. Por lo demás, ella puede comportarse con la sífilis como le plazca, pero el autor debe ser humano hasta la punta de las uñas.

A propósito: ¿sabe que la influenza produce una destrucción del organismo idéntica desde cualquier punto de vista? Ah, en la naturaleza hay muy pocas cosas que no sean nocivas y que no se transmitan por herencia. Hasta respirar es nocivo. En lo que a mí respecta, me atengo a esta regla: de los enfermos solo represento lo que tienen de característico o de pintoresco. Con las enfermedades, en cambio, tengo miedo de asustar.

(A Yelena Shavrova, Mélijovo, 28 de febrero de 1895).

Afortunados y fracasados

Merezhkovski llama fracasado a mi monje que compone letanías. ¿En qué lo es? Que Dios conceda a todos una vida como la suya. Mi monje creía en Dios, no

carecía de comida y tenía el don de componer versos... Dividir a los hombres en afortunados y fracasados significa juzgar la naturaleza humana desde un punto de vista mezquino, preconcebido... ¿Es usted un afortunado o un fracasado? ¿Y Napoleón? ¿Y su Vasili? ¿Cuál es el criterio para determinarlo? Hay que ser Dios para distinguir sin equivocarse a una persona afortunada de otra fracasada... Bueno, me voy al baile.

(A Alekséi Suvorin, Moscú, 3 de noviembre de 1888).

Borrachos

He leído el cuento del nuevo colaborador, Kulakov. En mi opinión, sabe escribir y tiene ya bastantes tablas. Pero no me gusta que haya debutado con un cuento sobre borrachos. Hágale notar que describir la embriaguez nada más que por el gusto de incluir algún chascarrillo de borrachos constituye una especie de cinismo. No hay nada más fácil que maltratar a la gente ebria...

(A Nikolái Leikin, Moscú, 24 de diciembre de 1886).

Napoleón

Cada noche me desvelo y leo *Guerra y paz*, la leo con curiosidad y con una ingenua pasión, como si no la hubiese leído nunca. Es una obra extraordinaria. No obstante, no me gustan los pasajes en los que sale Napoleón. En cuanto aparece, se perciben toda clase de trucos y distorsiones para tratar de presentarlo más estúpido de lo que era en realidad. Todo lo que dicen y hacen Pierre, el príncipe Andréi o esa perfecta nulidad de Nikolái Rostov es bello, profundo, natural y conmovedor. Todo lo que dice o hace Napoleón no es natural ni inteligente, sino hinchado e insulso.

(A Alekséi Suvorin, Moscú, 25 de octubre de 1891).

SENTIMIENTOS

Llorar sin que el lector se dé cuenta

Sí, en una ocasión le dije que uno debe ser indiferente cuando escribe historias patéticas, pero usted no me ha comprendido. Puede llorar o gemir con un cuento, puede sufrir con sus personajes, pero considero que debe hacerlo de modo que el lector no se dé cuenta. Cuanto mayor sea su objetividad, más fuerte será la impresión. Eso es lo que quería decirle.

(A Lidia Avílova, Mélijovo, 29 de abril de 1892).

Saber sufrir

El suicidio de un muchacho de diecisiete años es un tema bastante interesante y atrayente, pero me da miedo ocuparme de él. Al problema que atormenta a todos hay que darle una respuesta dolorosa y enérgica, pero nosotros, los escritores, ¿tenemos la energía interior

suficiente para sacarle todo el partido? No. Al confiar en el éxito de ese tema, lo juzga usted en virtud de sus propios parámetros; pero, fíjese, aparte de talento, los hombres de su generación tenían erudición, la escuela, el fósforo y el hierro, mientras los talentos actuales no tienen nada similar; dicho con franqueza: hay que congratularse de que no se ocupen de problemas serios. Confíeles su muchacho y estoy persuadido de que X, sin darse cuenta a pesar de la pureza de sus intenciones, lo calumniará, lo tergiversará, lo profanará. Y creará una obra descolorida y pálida, mientras que Z explicará el suicidio mediante la neuropatía. Su muchacho es una naturaleza pura, dulce, afectuosa, una naturaleza que busca a Dios, tiene un corazón sensible y se siente profundamente ofendida. Para dominar a un personaje semejante, hay que saber sufrir, pero los juglares actuales solo saben gemir y lloriquear.

(A Dmitri Grigoróvich, Moscú, 12 de enero de 1888).

Escribir con frialdad

Hace usted grandes progresos, pero permítame que le recuerde un consejo: escribir con mayor frialdad. Cuanto más sentimental es la situación, mayor frialdad se necesita a la hora de escribir; de ese modo el resultado es más conmovedor. No conviene azucarar.

(A Lidia Avílova, Moscú, 1 de marzo de 1893).

Como un filtro

Ha expresado usted su deseo, en una de sus cartas, de que le mande un cuento internacional, tomando como tema cualquier aspecto de la vida de aquí. Un cuento semejante solo podría escribirlo en Rusia, basándome en recuerdos. Solo sé escribir basándome en recuerdos; no he escrito nunca directamente, del natural. Necesito que mi memoria decante el motivo y que en ella, como en un filtro, solo quede lo que es importante y característico.

(A Fiódor Bátushkov, Niza, 15 de diciembre de 1897).

Lágrimas

Recuerda que las declaraciones de amor, la infidelidad de las esposas y de los maridos, las lágrimas de la viuda y de los huérfanos, así como toda suerte de lágrimas, han sido descritas hace mucho tiempo. El tema debe ser nuevo, puede incluso no haber trama.

(A Aleksandr Chéjov, Moscú, 11 de abril de 1889).

COSAS QUE DEBEN EVITARSE

No seamos granujas

Respecto al final de *Luces*, no estoy de acuerdo con usted. Un psicólogo no debe pretender que entiende lo que no entiende. Es más, un psicólogo no debe dar la impresión de que entiende lo que nadie entiende. No seamos charlatanes y digamos con franqueza que en este mundo no se entiende nada. Solo los imbéciles y los charlatanes creen comprenderlo todo.

(A Iván Leóntev [Scheglov], Sumi, 9 de junio de 1888).

Escribir, no predicar

Me reprocha usted mi objetividad y la llama indiferencia ante el bien y el mal, me acusa de falta de ideales y de ideas, etc. Querría que yo, al describir los ladrones de caballos, dijera: «Robar caballos está mal», pero eso ya se sabe desde hace mucho tiempo,

sin necesidad de que yo lo diga. Que los juzguen los jurados, a mí solo me compete mostrarlos como son. Escribo: «Tiene que vérselas con ladrones de caballos; sepa que no son mendigos, sino gente acomodada, gente de iglesia, y que robar caballos no es un simple hurto, sino una pasión». Ciertamente, sería agradable conciliar el arte con la predicación, pero en mi caso es bastante difícil, si no imposible, por motivos técnicos. En realidad, para describir en setecientas líneas a los ladrones de caballos, debo hablar, pensar y sentir a su modo todo el tiempo; si además recorro a la subjetividad, las imágenes perderán su nitidez y el cuento no saldrá compacto, cualidad indispensable de cualquier cuento más bien breve. Cuando escribo, confío plenamente en que el lector añadirá por su cuenta los elementos subjetivos que faltan en el cuento.

(A Alekséi Suvorin, Moscú, 1 de abril de 1890).

No dar lecciones

No he escrito dramas sobre la vida siberiana, de la que he perdido el recuerdo, pero en compensación he

dato a la imprenta mi Sajalín. Lo someto a su atención. Olvide lo que le leí una vez, porque era falso. Durante mucho tiempo, cuando escribía, sentía que no había acertado con el tono, hasta que finalmente comprendí en qué consistía esa falsedad: parecía que, con mi Sajalín, pretendía dar una lección a alguien, y al mismo tiempo que escondía algo, que no decía todo lo que quería. Pero apenas me puse a describir lo extraño que me sentía en Sajalín y qué clase de puercos hay allí, el trabajo avanzó a buen ritmo y sin impedimentos.

(A Alekséi Suvorin, Mélijovo, 28 de julio de 1893).

Omitir lo que es transitorio

Todo lo que tiene un carácter temporal, todas las pullas dirigidas a los críticos y a los liberales de la época, todas las anotaciones críticas que aspiran a la exactitud y a la actualidad, y todos los llamados conceptos profundos, diseminados aquí y allá: ¡qué ingenuo y vulgar es todo eso en nuestros días! Un novelista, un artista, debe omitir todo lo que tiene un significado transitorio.

(A Alekséi Suvorin, Mélijovo, 26 de abril de 1893).

Ornamentos

Me alegro por Guiliarovski. Es un buen hombre, no exento de ingenio, pero literalmente inculto. Tiene una pasión por los lugares comunes, por las palabras y las descripciones altisonantes, y cree que esos ornamentos son indispensables. Siente la belleza en las obras ajenas, sabe que el primero y principal atractivo de un cuento es la sencillez y la sinceridad, pero en sus propios cuentos no puede ser sincero y sencillo: carece de valor. Se asemeja a esos creyentes que no se atreven a rezar a Dios en ruso, y lo hacen en eslavo eclesiástico, aun sabiendo que el ruso está más cerca de la verdad y del corazón.

(A Alekséi Pleschéiev, Sumi, 5 de julio de 1888).

Lenguaje de funcionarios

«Con todo eso» y «a medida que» lo han inventado los funcionarios. Cuando leo esas frases, escupo de asco. Me resulta especialmente repugnante el modo en que escribe

la juventud. Un estilo oscuro, gélido y sin elegancia; escriben como si yaciesen en el ataúd.

(A Alekséi Suvorin, Mélijovo, 24 de agosto de 1893).

No tener miedo de parecer tonto

Esto es lo que te aconsejo: en tu pieza trata de ser original e ingenioso en la medida de lo posible, pero no tengas miedo de parecer tonto. Se requiere despreocupación, pero solo es despreocupado quien no tiene miedo de escribir tonterías.

(A Aleksandr Chéjov, Moscú, 11 de abril de 1889).

Dejarse de acusaciones

Querido Jean, acusaciones, hiel, enfado, la llamada «independencia», es decir, la crítica a los liberales y a la gente nueva, es algo que no le va. El Señor le ha dado un corazón bondadoso, tierno; utilícelo usted, escriba con

pluma ligera, con ánimo sereno, sin pensar en las ofensas recibidas.

[...] Sea objetivo, contemple todo con el ánimo de un hombre bueno —es decir, con sus propios ojos— y póngase a escribir un relato o una comedia basada en la vida rusa; no una crítica a la vida rusa, sino un alegre canto de jilguero a la vida rusa, y, en general, a nuestra vida, que solo se nos concede una vez y que no vale la pena malgastar en acusaciones [...] contra mujeres venenosas y contra el comité. Querido Jean, sea justo consigo mismo y con su ingenio, deje que su gran buque navegue por alta mar, no lo ancle a la Fontana. Perdone a todos lo que le han ofendido, no les preste atención y, lo repito, póngase a escribir.

(A Iván Leóntev [Scheglov], Yalta, 2 de febrero de 1900).

LA SOCIEDAD LITERARIA

Vida retirada

No suelo responder a las críticas; no obstante, en este caso no se trata de una crítica, sino más bien de una calumnia. Es posible que no hubiera respondido ni siquiera a una calumnia, pero dentro de unos días me marchó de Rusia por mucho tiempo; hasta puede darse el caso de que no vuelva nunca, de manera que no puedo dejar de responder.

No he sido nunca un escritor sin escrúpulos o, lo que es lo mismo, un truhán.

Sí, es cierto, toda mi actividad de escritor consiste en una serie ininterrumpida de errores, a veces gruesos, pero es algo que se debe a mis aptitudes intelectuales, no al hecho de que sea un hombre bueno o malo. No he chantajeado a nadie, no he escrito libelos ni denuncias, no he adulado, no he mentado, no he ofendido; en definitiva, suprimiría con gusto muchos de mis cuentos y artículos

de fondo, en cuanto carecen de cualquier valor, pero no hay una sola línea de la que tenga que avergonzarme.

[...] He llevado siempre una vida retirada, he vivido entre cuatro paredes; en dos años usted y yo hemos coincidido una sola vez y, en cuanto al señor Machtet, por ejemplo, no lo he visto en mi vida. A partir de ese dato puede usted juzgar cuánto salgo de casa. Siempre he rechazado con obstinación participar en veladas literarias, bailes, reuniones, etc.; nunca he aparecido en una redacción sin haber sido convocado; siempre he tratado de que mis conocidos viesan en mí un médico más que un literato; en definitiva, he sido un escritor modesto, y esta carta es la primera acción inmodesta que me permito en diez años de actividad literaria. Mantengo excelentes relaciones con mis colegas; nunca los he juzgado, como tampoco las revistas o los periódicos en los que colaboran, ya que no me creo competente y considero que, en la situación de completa dependencia en la que se encuentra la prensa, cualquier palabra contra un periódico o un escritor no solo constituye una crueldad y una falta de delicadeza, sino incluso un delito. Hasta ahora solo he rechazado colaborar en revistas y periódicos cuyo escaso valor era claro y manifiesto,

y cuando me he encontrado en la necesidad de elegir, me he decantado por aquellas publicaciones que, por circunstancias materiales o de otro género, tenían mayor necesidad de mis servicios. Precisamente por eso no he colaborado en su revista, como tampoco en *El mensajero de Europa*, sino en *El mensajero del norte*; precisamente por eso he ganado dos veces menos de lo que podría haber ganado si hubiese tenido un concepto distinto de mis obligaciones.

(A Vukol Lavrov, Moscú, 10 de abril de 1890).

Entorno literario

Escribir se me ha vuelto odioso y no sé qué hacer. De buena gana me ocuparía de la medicina; aceptaría cualquier puesto, pero carezco de la agilidad necesaria. En estos momentos, cuando escribo o pienso en lo que debo escribir, siento tanta repugnancia como si hubiera comido una sopa de col de la que hubiesen sacado una cucaracha (perdone la comparación). No es la escritura en sí misma lo que me da náuseas, sino el entorno literario,

del que no es posible escapar, y que te acompaña a todas partes, como a la tierra su atmósfera.

(A Lidia Avílova, Mélijovo, 25 de julio de 1898).

La Academia de Ciencias

¡Alteza imperial! En el mes de diciembre del pasado año recibí noticias de la elección de A. M. Peshkov [Gorki] como académico honorario; no tardé en encontrarme con A. M. Peshkov, que se hallaba entonces en Crimea, y fui el primero en darle la noticia de la elección y en felicitarle. No obstante, al cabo de algún tiempo, los periódicos anunciaron que, teniendo en cuenta que a Peshkov se le había abierto un expediente en virtud del art. 1035, la elección había sido anulada; además, se precisaba que el anuncio procedía de la Academia de Ciencias; dado que yo pertenezco al número de académicos honorarios, ese anuncio procedía en parte de mí. Por tanto, me congratulaba cordialmente y declaraba la elección no válida; semejante contrasentido no encontraba acomodo en mi interior, no podía conciliarlo con mi conciencia. La lectura del art. 1035 no me ha aclarado nada. Tras

pensarlo mucho, solo he podido adoptar una decisión, extremadamente grave y desagradable para mí: solicitar humildemente a Su Majestad la suspensión de mi cargo de académico honorario.

(A la Academia de Ciencias, 1902)

Intelligentsia

No creo en nuestra *intelligentsia*, que es hipócrita, falsa, histérica, maleducada, ociosa; no la creo ni siquiera cuando sufre y se lamenta, ya que sus perseguidores proceden de sus propias entrañas. Creo en los individuos, en unas pocas personas, esparcidas por todos los rincones de Rusia —sean intelectuales o campesinos—; en ellos está la fuerza, aunque sean pocos. Ningún profeta es honrado en su tierra; los individuos de los que hablo constituyen una parte pequeña de la sociedad, no dominan, pero se ve su labor: de un modo u otro la ciencia progresa cada vez más, la conciencia social aumenta, los problemas morales empiezan a cobrar un carácter apremiante, etcétera, etcétera; y todo eso sucede

a pesar de los fiscales, los ingenieros, los preceptores; a pesar de la *intelligentsia en masse*, a pesar de todo.

(A Iván Orlov, Yalta, 22 de febrero de 1899).

Gorriones sobre un montón de estiércol

Se me reprocha que solo escriba sobre acontecimientos mediocres, que no presente héroes positivos [...].

Llevamos una vida provinciana, las calles de nuestras ciudades ni siquiera están pavimentadas, nuestras aldeas son pobres, nuestro pueblo está extenuado. Todos, mientras somos jóvenes, gorjeamos como gorriones sobre un montón de estiércol; a los cuarenta años somos ya viejos y empezamos a pensar en la muerte. ¿Qué clase de héroes somos? [...]

Solo quiero decir a la gente con toda honradez: miren qué aburrida y deslustrada es su vida. Lo importante es que las personas lo entiendan; si lo entienden, seguramente inventarán una vida diferente y mejor. El

hombre se volverá mejor cuando le hayamos mostrado cómo es.

(Carta sin fecha)

Protegerse de la política

Poco a poco nos han convencido de que Dreyfus ha sido condenado por un documento secreto que no le han mostrado ni al imputado ni a su defensor [...].

Conozco el proceso por el informe estenográfico, que es completamente diferente de lo que aparece en los periódicos, y, para mí, Zola es totalmente claro. Lo esencial es que es sincero, es decir, basa su juicio en lo que ve, no en fantasmas, como los demás. También la gente sincera puede equivocarse, no cabe duda, pero esos errores causan menos daño que la mentira calculada, los prejuicios o las consideraciones políticas. Aunque Dreyfus sea culpable, Zola tiene razón, ya que la tarea del escritor no consiste en acusar ni perseguir, sino en defender incluso al culpable, una vez que ha sido juzgado y condenado. Se me dirá: ¿y la política? ¿Y los intereses

del Estado? Pero los grandes escritores y artistas solo deben ocuparse de la política en la medida en que tienen que protegerse de ella. Ya hay bastantes acusadores, fiscales y gendarmes sin necesidad de ellos.

(A Alekséi Suvorin, Niza, 6 de febrero de 1898).

Jóvenes y viejos en la redacción

Hay que aplaudir el debut de nuevos elementos, rodearlos de apoyos y facilidades de todo tipo. Es una opinión que mantengo desde hace tiempo y sobre la que vuelvo a insistir una vez más [...]. En mi opinión, en un principio la dirección debería emplear a los elementos jóvenes solo en temas insignificantes. Si no recuerdo mal, Yerber ha empezado de la manera habitual, es decir, con asuntos pequeños, y Chemodanov ocupándose de los jeroglíficos...

En cuanto a renovar la redacción, rejuvenecerla, etc., hemos hablado de viva voz y por carta. Me escribe usted que nosotros, viejos colaboradores, no hacemos más que rumiar las mismas cosas. No, nosotros seguimos

siendo los que éramos y no podemos cambiar nuestra fisonomía literaria; precisamente por eso parece que rumiamos. Como además escribimos con demasiada frecuencia, hemos acabado por aburrir no al público, que cambia, sino a nosotros mismos; dentro de otros cinco años sentiremos asco, pero solo de nosotros mismos. Creo que el público ganaría poco con la afluencia de nuevos colaboradores; nosotros, en cambio, mucho; adquiriríamos el derecho de escribir como quisiéramos, y eso se asemejaría más a la literatura que nuestra actual actividad de jornaleros; en consecuencia, estaríamos más satisfechos de nosotros mismos.

(A Nikolái Leikin, Moscú, 2 de septiembre de 1887).

Rechazar la censura

Aquí, como en todas partes, se habla mucho de los desórdenes estudiantiles, y la gente se queja airadamente de que los periódicos no se ocupen de la cuestión. De las cartas recibidas de San Petersburgo se desprende que la opinión es favorable a los estudiantes. Sus cartas sobre los desórdenes no han gustado, como no podía ser de

otro modo, pues no se puede emitir juicios en la prensa sobre esa cuestión cuando no se puede tocar el lado efectivo del asunto. El Estado prohíbe escribir sobre el particular, impide decir la verdad; es una arbitrariedad, pero usted la acepta alegremente, habla de los derechos y prerrogativas del Estado: eso no cuadra con la conciencia. Habla del derecho del Estado, pero no lo hace desde el punto de vista del derecho. Derecho y garantía significan lo mismo para el Estado que para cualquier persona jurídica. Si el Estado me priva injustamente de un pedazo de tierra, recurro a los tribunales, que restablecen mi derecho. ¿No debería ser lo mismo cuando el Estado me golpea con la fusta? ¿Es que en caso de violencia por parte del Estado no puedo invocar el derecho violado? El concepto de Estado debe basarse en determinadas relaciones jurídicas; en caso contrario se convierte en un espantajo, en un sonido vacío que asusta la imaginación.

(A Alekséi Suvorin, Yalta, 4 de marzo de 1899).

Las revistas rusas

En todas nuestras revistas de gran formato reina una atmósfera fastidiosa, de club, de partido. ¡Se ahoga uno!

Por eso no me gustan, y no me seduce la idea de trabajar en ellas. El espíritu de partido, especialmente cuando es mediocre y estéril, no ama la libertad y la amplitud de miras.

(A Alekséi Pleschéiev, Moscú, 23 de enero de 1888).

Dónde publicar

En cuanto a la colaboración en diarios y periódicos ilustrados, estoy plenamente de acuerdo con usted. ¿No es lo mismo que un rruiseñor cante en un gran árbol que en un arbusto? Exigir que los hombres de talento trabajen únicamente para las grandes revistas es mezquino, huele a burocracia y resulta perjudicial, como todos los prejuicios. Además, ese prejuicio es estúpido y ridículo. Podía tener un sentido cuando a la cabeza de los periódicos había hombres con una personalidad claramente delineada, hombres como Belinski, Herzen, etc., que no solo pagaban una retribución, sino que atraían, instruían, educaban; hoy, en cambio, a la cabeza de los periódicos no hay personalidades literarias, sino grises medianías y patanes; por tanto, preferir las

revistas grandes no tiene ningún sentido; la diferencia entre la más voluminosa de las revistas y una gacetilla de tres al cuarto es solo cuantitativa, es decir, desde el punto de vista del artista no merece ninguna atención ni consideración. No obstante, a la colaboración en grandes revistas no se le puede negar un aspecto conveniente: los escritos largos no se dividen y se publican de una vez. Cuando escriba un relato largo lo mandaré a una revista de gran formato, pero los pequeños los publicaré donde me dicten mi deseo y mi libertad.

(A Yákov Polonski, Moscú, 18 de enero de 1888).

Celos

¡A Bezheski no le gusta su «Mignon»! Es natural. Los editores son tan celosos como las palomas. A Leikin le desagrada que la gente escriba sobre el ambiente de los comerciantes. Leskov detesta leer novelas de ambiente eclesiástico, a menos que las haya escrito él, y Bezheski no alabará nunca sus bocetos militares porque se considera el único especialista en tales asuntos. Por lo demás, tampoco a usted le gusta su excelente «Militares

en guerra». Todos son nerviosos y celosos. Me dice que Burenin le tiene manía. No es verdad. Según una costumbre propia a todos los que escriben, raramente habla bien de alguien cuando no está presente, pero si le preguntan cuál de los dos es mejor, usted o Salias, al que pone por las nubes, encontrará cómica la pregunta y se echará a reír. Si han rechazado su cuento del sábado, eso quiere decir que realmente era demasiado largo.

(A Iván Leóntiev [Scheglov], Moscú, 4 de febrero de 1888).

El escritor es un simple mortal

Afirma usted que los escritores son el pueblo elegido de Dios. No lo discuto. Scheglov me llama el Potiomkin de la literatura y por tanto no me corresponde hablar de un camino sembrado de espinas, de desilusiones, etc. No sé si he sufrido más que los zapateros remendones, los matemáticos o los vigilantes del ferrocarril; no sé quién habla por mi boca, si un dios o alguien bastante peor. Solo me permito constatar un leve inconveniente que he experimentado y que sin duda también usted conoce

por experiencia. Se trata de lo siguiente: a usted y a mí nos gustan las personas comunes; nosotros, en cambio, nos apreciamos porque vemos en nosotros hombres extraordinarios. A mí, por ejemplo, me invitan a todas partes, me dan de comer y de beber como si fuese un general; a mi hermana le indigna que no paren de invitarla simplemente porque es la hermana de un escritor. Nadie quiere apreciar en nosotros al hombre común, de donde se desprende que, si mañana no fuésemos más que simples mortales a ojos de los buenos conocedores, todos dejarían de apreciarnos y nos compadecerían. Y eso no está bien. Tampoco está bien que aprecien en nosotros lo que a menudo nosotros mismos no apreciamos ni estimamos.

(A Alekséi Suvorin, Moscú, 27 de octubre de 1888).

¿Solidaridad entre escritores?

¿Es posible que no le irriten palabras como solidaridad, unión de jóvenes escritores, comunidad de intereses y demás? La solidaridad y otros bellos propósitos los entiendo en la bolsa, en la política, en las cuestiones

religiosas (sectas), etc., pero entre jóvenes literatos la solidaridad es imposible e inútil... Nosotros no podemos pensar y sentir del mismo modo, tenemos fines diferentes (o bien no los tenemos en absoluto), nos conocemos poco o nada y en consecuencia no hay nada a lo que la solidaridad pueda aferrarse sólidamente... Además, ¿es necesaria? No... Para ayudar a un colega, para respetar su personalidad y su obra, para no murmurar contra él y no envidiarlo, para no mentir y disimular en su presencia, no se necesita tanto ser un joven literato como un hombre... Si fuéramos hombres comunes, si tratáramos a todos del mismo modo, no habría necesidad de una solidaridad creada artificialmente. La pretensión insistente de una solidaridad particular, profesional, de ambiente, como la que usted predica, originaría un involuntario espionaje recíproco, sospechas, controles, de modo que acabaríamos convirtiéndonos, aun sin quererlo, en una especie de *socius* jesuítico los unos para los otros... Yo, mi querido Jean, no soy solidario con usted, pero le prometo una completa libertad como literato hasta la tumba; es decir, puede escribir donde y como le plazca [...], cambiar mil veces de opinión y de tendencia, etc., etc., sin que por ello las relaciones humanas entre nosotros cambien un ápice; y anunciaré siempre sus libros en mis sobrecubiertas. Lo

mismo puedo prometer a los demás colegas, lo mismo querría también para mí. En mi opinión, esas son unas relaciones verdaderamente normales. Solo si existen, es posible el respeto y hasta la amistad y la simpatía en los momentos difíciles de la vida.

(A Iván Leóntev [Scheglov], Moscú, 3 de mayo de 1888).

ÚLTIMAS COSAS

Dedicatorias

En general, soy contrario a cualquier tipo de dedicatoria a personas vivas. Antes las hacía, ahora siento que no debería haberlas hecho. Esto en general. En particular, que me dedique *Fomá Gordéiev* soólo puede procurarme placer y honor. Pero ¿qué he hecho para merecerlo? Por otro lado, es a usted a quien corresponde juzgarlo; a mí solo me queda inclinarme y dar las gracias. Haga la dedicatoria, en la medida de lo posible, sin palabras rimbombantes e inútiles, es decir, límitese a escribir: «Dedicado a fulano», eso es todo.

(A Maksim Gorki, Yalta, 3 de septiembre de 1899).

Títulos

El título de la obra *Palabra de honor* no es acertado. Si no estoy equivocado, el argumento del drama es que nos comportamos en la vida con demasiada formalidad y

que las convenciones, por las que nos dejamos embaucar e hipnotizar, suelen ser más fuertes que nuestra voluntad. Pero en *Palabra de honor*, a causa del título, el lector y el espectador centrarán su atención en un aspecto particular y tratarán de resolver la siguiente cuestión: ¿hay que mantener la palabra o no? Y sacarán la conclusión de que el autor aconseja no mantenerla... Como ve, hasta un título puede ser fuente de confusiones. Además de la palabra de honor, habría que ocuparse también de alguna otra convención, por ejemplo, de las obligaciones del duelo, de la costumbre de juzgar con desprecio y no perdonar a una persona que en el pasado, puede que incluso en la cuna, ha despilfarrado su dinero o mentido... El caso es que en el drama todos están equivocados porque todos han sido engañados.

(A Alekséi Suvorin, Mélijovo, 10 de noviembre de 1895).

Atributos y adverbios

Un consejo más: al corregir las pruebas, suprima, cuando sea posible, los atributos y los adverbios. Pone

usted tantos atributos que al lector le cuesta asimilarlos y se cansa. Cuando escribo: «El hombre se sentó sobre la hierba», resulta comprensible, porque es claro y no retiene la atención. Por el contrario, resulta pesado para la cabeza y poco comprensible si escribo:

«Un hombre alto, de pecho hundido, estatura mediana y barba pelirroja, se sentó sobre la hierba ya pisada por los paseantes; se sentó sin hacer ruido, tímidamente, mirando a su alrededor con temor». Ese pasaje tarda en entrar en la cabeza y la literatura debe entrar de golpe, en un instante.

(A Maksim Gorki, Yalta, 3 de septiembre de 1899).

Fechas

También a mí se me antojan algo inútiles las noticias biográficas. [...] En la cronología me atendería a un método diferente. «En 1839» no le dice nada a un francés; tal vez quedaría mejor así: «A la edad de veinte años, Dostoievski...» [...]. Para mí esas informaciones

son más científicas que las fechas, que el público no suele retener y se convierten en letra muerta.

(A Yákov Merpert, Yalta, 29 de octubre de 1898).

Palabras raras y extrañas

Por lo que veo, no me ha entendido usted bien. Yo no le he hablado de la rudeza del estilo, sino de la inoportunidad de las palabras extrañas, de las que no son genuinamente rusas o de las que apenas se usan. En otros escritores palabras como, por ejemplo, «fatalísticamente», pasan inadvertidas, pero sus escritos son musicales, armoniosos y cualquier rasgo tosco chirría espantosamente. Cierto, es una cuestión de gusto y es posible que por mi boca solo hable la irritabilidad excesiva o el conservadurismo del hombre que ha contraído con el tiempo determinados hábitos.

(A Maksim Gorki, Yalta, 3 de enero de 1899).

Paréntesis, guiones, comillas

Tiene usted un defecto: en sus cuentos no se atreve a dar libre curso a su temperamento, tiene miedo de los arrebatos y de los errores, es decir, precisamente de aquello en lo que se reconoce el talento. Corrige y lima demasiado; todo lo que le parece atrevido y brusco se apresta a encerrarlo entre paréntesis y comillas (por ejemplo, «en la hacienda»). ¡Por amor de Dios, déjese de paréntesis y de comillas! Para los incisos existe un signo estupendo: el doble guión (—nombre de los ríos—).

Las comillas las emplean dos tipos de escritores: los tímidos y los desprovistos de ingenio. Los primeros se asustan de su audacia y originalidad; en cuanto a los segundos (como Nefédov y en parte también Boborikin), cuando encierran una palabra entre comillas, quieren decir con ello: «¡Fíjate, lector, qué palabra tan atrevida, original y nueva he acuñado!».

(A Aleksandr Lázarev-Gruzinski, Moscú, 20 de octubre de 1888).

Nombres

Nada más recibir su carta, me he puesto a leer «La marquesa». [...] El cuento me ha gustado mucho; además de talento, sobre el que no albergaba ninguna duda, se percibe también madurez. Lo único que me ha parecido un poco rebuscado es el título. La figura de la protagonista está trazada con tanta sencillez que el apodo de marquesa parece un inútil añadido; es como si pusiera un anillo de oro en los labios de un campesino. Si prescindiese de ese sobrenombre y si a Nelly la llamase Dasha o Natasha, el final del cuento resultaría más jugoso y el protagonista adquiriría mayor realce.

(A Yelena Shavrova, Serpujov, 22 de noviembre de 1894).

Apellidos

Los apellidos superfluos no son más que un estorbo.

(A Yelena Shavrova, Mélijovo, 20 de noviembre de 1896).

“ Cuando escribo, confío plenamente en que el lector añadirá por su cuenta los elementos subjetivos que faltan en el cuento...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA